

este asidero fuerte y seguro para todos, contra el pavoroso problema del hambre.

Sin jactancia alguna puede asegurarse que, los conflictos de las clases populares, no han llegado a estallar aquí, porque, en todo momento, el necesitado ha encontrado comida y pan suficiente, que llevar a su boca y a la de los suyos, durante el tiempo necesario.

(Aportaciones de otra índole no es, este momento, el adecuado para referirlas).

Y las autoridades conocen por propia experiencia, el alivio de sus preocupaciones ante enojosos conflictos, logrado en el punto mismo en que interesaron nuestra cooperación, a veces hasta en aspectos, no claramente encuadrables en su misión, «estricto senso».

Se ha ido modificando la alimentación facilitada en un principio; actualmente disponemos de comedor propio; — primero de la serie obligada para gestión eficaz — en local amplio, alegre, ventilado, moderno, donde sin lujo, pero con escrupulosa limpieza, se despachan y consumen diariamente los cientos y cientos de raciones de que tienen ustedes noticias por este mismo conducto.

Allí se da comida sana, hecha con géneros de primerísima calidad, comida abundante, bien condimentada, — nada de ranchos, ni sopa boba — servida a punto, en mesas limpias,

vestidas con manteles aseados y cubiertos brillando. ¿qué más se puede apetecer?

La cocina, instalada en planta baja, ni siquiera excita con olor de apetitosos guisos, porque allí no huele a nada, y menos que nada, a humos ni grasas, que, en tantas dependencias análogas repelen al visitante. En los fondos de los peroles, del menaje, todo, «se ve uno la cara», relucen como los albos azulejos que llegan al techo.

Y, cosa digna de mención, *el personal todo*, mantiene un entusiasmo y afán de «hacerlo bien», en cumplir, excediéndose, su cometido, que, traslucen en sus rostros la expresión inquieta, procurando adivinar las necesidades, queriendo estar, a la vez, en los distintos sitios donde reclaman sus servicios, y, se les ve acudir presurosos de acá para allá. — ¡tantas, tantísimas veces! — sin reflejar la menor fatiga, lo mismo al final de la faena que, en su comienzo.

Y, al ver todo esto, pienso, volviendo a mi cantinela del principio, ¿qué hacían, cómo podían vivir los pobres de Almería, los ancianos de Almería, los *parados* de Almería, los, en todo tiempo y lugar, «desheredados de la fortuna y de la suerte», cuando no contaban con tan poderoso y acertado auxilio?

Hace algunos años, comenté un resonante acto de gratitud,